

poesía ni de crítica literaria; pero han debido herirme sus injurias, porque soy proscripto como él y le creía mi amigo. Me ha dicho en letra gorda lo que la *Gaceta* y el *Archivo* no se han atrevido á decirme, calificando mis escritos políticos de *lucubraciones*, y me ha declarado *ex cátedra*, cual otro Hipócrates, enfermo de espíritu y de cuerpo, lo que equivale á decir que valgo como hombre y como inteligencia poco menos que nada. » El arbitrario Sarmiento había en efecto, considerado al *lucubrador* Echeverría casi como un tonto, y éste se vengaba diciendo en esa misma carta: « Sarmiento camina para loco », anticipándose con ello á la fama que alcanzaría diez años después. Y agregaba: « Sólo extraño una cosa, y es que no haya yo tenido en Chile un amigo que me defienda; y que estando Juan María al lado de Sarmiento, haya permitido que se escriba de ese modo contra un hombre que fué su amigo y que vive en la proscripción por patriota, sufriendo como pocos » (1). Pero tales incidentes eran excepción; y el genio blando y receloso del enfermizo Echeverría, también lo era en aquella titánica falange de los emigrados. Aun siendo así, la razón que hacía valer, era la de ser un proscripto. En efecto, la proscripción los unía. Se hacían la caridad de sus vestidos, de su mesa, de su vivienda. Autodidactos como eran, se corregían sus trabajos, se prestaban sus libros, se instruían recíprocamente. Alberdi dice en sus *Memorias*: « En este tiempo contraí relación estrecha con dos ilustradísimos jóvenes que influyeron mucho en el curso ulterior de mis estudios y aficiones literarias: don Juan María Gutiérrez y don Esteban Echeverría. Ejercieron en mí ese profesorado indirecto, más eficaz que el de las escuelas, que es el de la simple amistad entre iguales. Por Echeverría, que se había educado en Francia durante la restauración, tuve las primeras noticias de Lermínier, de Villemain, de Victor Hugo, etc... » Tal era la hermandad de la proscripción. Los 25 de mayo y 9 de julio se reunían, presididos por el general Las Heras, á conmemorar la fecha los proscriptos de Chile. Alberdi era entonces amigo de Sarmiento y de Mitre. Las rivalidades y los odios de partido vinieron más tarde, después de Caseros. Mientras el dolor de la patria los unió en el destierro, todos formaron una sola familia... Pocos sucesos hay más hermosos que la proscripción del tiem-

(1) ALBERDI, *Obras póstumas*, tomo XV.

po de Rosas, ni tan eficaces como enseñanza, para edificar á la juventud de las aulas, en el culto de la patria, de la belleza y de la libertad.

VI

El cuarto ciclo de nuestra evolución literaria, es el que he llamado de *la organización*. Arranca en Caseros con la caída de Rosas, y podríamos asignarle por límite el año 1880, con la federalización de Buenos Aires. Le he llamado el período de la organización; pero bien querría llamarle de « la reorganización ». En efecto, las guerras de la independencia, las depredaciones de la montonera, la neurosis del tirano, la proscripción de los hombres más doctos, habían desolado, empobrecido y anonadado á la sociedad argentina; pero esta sociedad había tenido antes una « organización », en tiempos del virreinato, con caminos, postas, fortunas, teatros, imprenta, salones, escuelas, industrias, paz. En cuarenta años, el ejército había degenerado en montonera, el héroe en caudillo, el virrey en tirano, el campo de la epopeya en pampa de la barbarie. Destronado Rosas, los proscriptos volvieron á reconstituir la sociedad y el estado, á organizarlos sobre « las bases » de la libertad democrática. Eran las *Bases* que Alberdi acababa de formular para la constituyente. Su libro era el resumen inteligente y oportuno de las ideas que se habían agitado en la prensa de Chile y del Uruguay, durante los años del destierro. Los proscriptos volvían á la patria y entraban en un nuevo período. De demolidores se hacían edificadores. De ahí la polémica de Alberdi con Sarmiento sobre los deberes de la prensa. De ahí el programa pedagógico de Sarmiento. De ahí las altas lecciones cívicas de Mitre en la *Historia de Belgrano*. De ahí los trabajos análogos de López. De ahí la obra jurídica de Vélez Sarsfield, esa oveja descarriada de la proscripción. De ahí la obra poética de Olegario Andrade, de Hilario Ascasubi, de José Hernández, henchida toda de un vigoroso ideal de nacionalidad. De ahí el florecimiento de la oratoria en las tribunas de la libertad republicana. La necesidad de organizar la nación, — y como quien dice: de volver á crear la patria, — absorbe entonces las capacidades más fecundas. Nuestra literatura toma la entonación civil de la hora, de la empresa y del ambiente. La producción se hace casi exclusiva-

mente razonadora, didáctica, jurídica, política. Aunque parezca extraño, se sueña y canta menos que en los años aciagos de la proscipción; los años de romántico lirismo y de sedentaria evocación, que vieron aparecer *La Cautiva*, el *Amalia*, el *Dogma socialista* y los *Recuerdos de provincia*. Tan es así, que Andrade, Guido, Gutiérrez (R.), acércanse más bien al quinto ciclo, ó sea la época actual, pues florecieron después de 1880.

Al fijar la fecha de 1880 como término de este período, no entiendo establecer un límite preciso, sino dar ubicación cronológica al acontecimiento, de suyo más difuso, que inicia una nueva fase en la historia de la sociedad argentina. Dije antes el Cabildo de mayo, la ascensión de Rosas, la batalla de Caseros, y ahora digo la federalización de Buenos Aires. Tal era, ciertamente, el acontecimiento político que nos faltaba realizar para dejar consumada la organización del estado, forma legal de la nacionalidad. Á la constitución que había reunido las provincias preexistentes en un pacto de unidad, era necesario agregarle la ley que diese á las catorce provincias una ciudad neutral y fuese el foco de la civilización argentina. Á *La ciudad indiana* que García describe, le había seguido *La gran aldea* que pinta López (L.). Á ésta debía seguirle la ciudad moderna, cosmopolita, ruidosa, rica, que aparece á trozos, porque es ya muy compleja, en *La Bolsa*, de Julián Martel, ó en el teatro de Florencio Sánchez.

Corresponde á este sexto período, ó sea á la actualidad de las tres últimas décadas, la emancipación de la actividad literaria como función distinta de la política. Antes de nuestro tiempo, la literatura argentina ha sido crónica de convento en la obra de Lozano, ejercicio de retórica en las aulas de latinidad, letrilla ligera en la tertulia del señor virrey; ha sido, posteriormente, arenga en las asambleas, proclama en los campamentos, sermón en los pulpitos, artículo en la *Gaceta*, himno en los certámenes, pero todo ello como apasionada ó necesaria expresión de civismo, en los días heroicos de la emancipación; ha sido más tarde opúsculo volante en la nostalgia patriótica de los proscriptos, en los ataques contra Rosas, en la discusión de los problemas institucionales: por eso escribe Echeverría su *Insurrección del Sud*, Mármol su *Amalia*, Sarmiento su *Facundo*. El período siguiente se muestra más reposado en sus pasiones, más desinteresado en sus propósitos; pero la literatura sigue vivien-

do á la sombra de la política, y sus principales libros, tales como el *Belgrano* de Mitre, que es historia y culto del héroe militar, y la *Luz del día en América*, que es sátira de nuestras democracias en forma de novela, y el *Martín Fierro*, poema de costumbres con sus gauchos victimados por las pequeñas tiranías rurales impunes en el desierto, — todas llevan el sello de la política, ó por su tema, ó por la mano marcial que las escribiera. Ese propósito de crítica social es evidente y repetido en el *Martín Fierro*.

De los males que sufrimos
Hablan mucho los puebleros;
Pero hacen como los teros
Para esconder sus niditos:
En un lao pegan los gritos
Y en otro tienen los güevos.
Y se hacen los que no aciertan
Á dar con la coyuntura
Mientras al gaucha lo apura
Con rigor la autoridad,
Ellos á la enfermedad
Le están errando la cura (I, 12).

Por eso el poema concluye con los siguientes versos:

Y si canto de este modo,
Por encontrarlo oportuno,
No es para mal de ninguno,
Si no para bien de todos.

Y cantos como el de *Martín Fierro* deben de haber redundado «en bien de todos», porque el desierto está pacificado y sembrado; porque la conciencia de justicia va transformando la de autoridad; y porque en la antigua aldea, hoy engrandecida por el trabajo y embellecida por la cultura, un poeta de larga cabellera vatídica, ha podido vivir y envejecer, tranquila y noblemente consagrado al culto silencioso de la poesía...

VII

Una historia crítica de la literatura argentina, no podría reducirse á la división en cinco ciclos, que acabo de plantear. Es, como antes dije, una división ideada para facilitar su exposición didáctica, y vincularlas mejor á su propio ambiente. Dada la continuidad histórica del fenómeno literario, su historiador ha de mostrar esa continuidad, razonándola. El método de la simple descripción bibliográfica, no basta para ello, pues anarquiza y fragmenta la exposición. El método de las biografías tampoco sería por sí solo suficiente, pues apenas si mostraría la sucesión externa y material de « las vidas »; y en los casos de autores sincrónicos, obligaría á repeticiones enojosas. Conviene, pues, unir vidas y obras por el estudio del momento y del medio, para seguir la emancipación progresiva de la función literaria en nuestro país, para mostrar los sucesivos grados de educación estética, de maestría técnica, de cultura social, y señalar la creciente división de los géneros, la cotización de las obras, la lucha de las escuelas, la consideración popular y oficial por la persona de los artistas.

Estudiar nuestra vida literaria por la educación, la vocación, la profesión de nuestros escritores; su éxito, sus costumbres, su gloria; estudiar nuestro ambiente literario por la atención, la indiferencia, el gusto de nuestro público: su prensa, su teatro, su crítica; buscar para el autor el documento psicológico y para la obra el documento social; analizar las neurosis melancólica de Echeverría ó la neurosis paranoica de Sarmiento; aquilatar el éxito diverso de *Stella* y de *La gloria de don Ramiro*; seguir la evolución poderosa de nuestra prensa, desde la imprenta de la Casa de expósitos hasta la actual profusión de diarios y revistas; ver las relaciones de la librería con el autor y su público, para esclarecer aspectos económicos y morales de nuestro problema editorial, trazando al paso la silueta de libreros tan diferentes como el noble Casavalle y el cicatero Garnier; describir nuestros efímeros salones literarios, nuestras sociedades de ideal y de arte, tal la Asociación de mayo y el Ateneo de Buenos Aires; mostrar la transformación de nuestro teatro como costumbre social, desde la hu-

milde Casa de comedias del siglo XVIII hasta los actuales escenarios de drama y ópera extranjeros; descubrir lo que bajo un brillo de cultura mundana hay en nuestro ambiente, de transplante perulero y de ignorancia aborigen; dilucidar la influencia de los viajes, así de los que nos han traído escritores célebres como Franco, y así de los que nos llevan á Europa obreros tan valiosos como el errante Ángel Estrada; hacer, en una palabra, que todos estos hechos dispersos concurren por animada y continua relación, á enseñarnos cómo ha evolucionado en la República Argentina « la vida literaria », hasta llegar á formas de creación más intensa, — he ahí la tesis ó lección ideal, que habría de ligar libros y autores á través de esa historia.

Oyese decir con frecuencia que nuestra literatura ha declinado. En estos mismos días, un hombre ilustre, ex ministro de instrucción pública, ha llegado á afirmarlo por la prensa. Yo veo, sin embargo, que los libros del país antes se regalaban y ahora se envían á la venta; que nuestros órganos de publicidad, viven á expensas de una producción continua; que un teatro nacional, de que antes carecíamos, ha nacido ó comienza á nacer; que diez autores respetados por su obra, han conseguido hacer de la literatura una función aparte de la abogacía, de la milicia, de la medicina ó la política. Mi tesis es optimista, pero optimista por esperanza. Riesgo patriotismo es el que niega la obra del presente y vuelve los ojos á las edades de oro de un pasado quimérico. Sólo á condición de confesarnos esta humildad del origen, podremos hacer del estudio de la literatura argentina una escuela de fe patriótica y de disciplinas estéticas. Larga es la senda que aun nos resta para andar, y si aun estamos lejos del ideal de cultura que perseguimos, no es porque hayamos retrogradado, sino porque hemos empezado desde muy atrás. Alabemos el *Triunfo argentino*, por ejemplo; pero reconozcamos que sus estrofas se iluminan con la gloria de la hazaña marcial que aquéllas cantan. No confundamos el heroísmo cívico y el heroísmo intelectual. No confundamos, tampoco, en este recuento literario, la obra útil y doctrinaria de los pensadores, con el emocionado hallazgo de los poetas. No confundamos, en fin, al recorrer la revolución, la proscripción, la organización, la gloria por lo general escasa de su obra « literaria », con la gloria que sus autores conquistaron en los campos de batalla, en los parlamentos, en el

gobierno, en la prensa. Hoy tenemos, ó nos esforzamos por tener, una poesía lírica, una novela, un teatro, á la vera de la política, según lo tienen las naciones civilizadas. Ese concepto estético, esa disciplina técnica, esa función « orgánicamente » practicada dentro de la sociedad argentina, es una conquista de las últimas décadas, ó sea de las actuales generaciones. La historia que nos enseñe ese progreso de nuestra vida literaria, ha de educarnos en la fe del trabajo y en la esperanza de períodos más brillantes por la belleza y madurez de las futuras obras.

VIII

La influencia internacional de las grandes renovaciones estéticas dentro de una literatura, suele repercutir sobre las otras, generalizando en varios pueblos una influencia de arte. La comunicación habitual de unas naciones con otras, ó la obra de un poeta arriesgado, suelen conducir á través de diversas lenguas una revolución literaria. Así se generalizan sus ideales ó sus cánones, y lo que nació en Italia ó Alemania, llega á ser una escuela europea. La reforma lírica de Garcilaso y Boscán en España, reconoce sus raíces en la Italia del Renacimiento, y ésta, que le prestaba sus modelos, plasmábalos no poco en las renacentes formas griegas y latinas: así, por ejemplo, la poesía bucólica. Igual cosa pudiéramos decir del romanticismo, que nace en Francia, pero que se engendró en Alemania y corrió después por tan diversas y lejanas partes del mundo.

Dotados los pueblos americanos de idiomas europeos, todas sus renovaciones literarias han repercutido en este lado del Atlántico. El inglés en los Estados Unidos, el portugués en el Brasil, y el español en el resto del nuevo mundo, han sido el vehículo natural que traía á estas nuevas naciones las ideas que estaban renombrando las letras en sus naciones de origen. Otras veces, la influencia inicial ha pasado, no ya de una nación europea á España y de ésta á América, sino que ha sido traída del idioma extranjero al nuestro, por algún innovador americano, como ocurre con Echeverría, que educado en Francia, trajo al Plata el romanticismo de 1830, ó como ocurre con Rubén Darío, que descubrió en París el modernismo, hacia el año 1892. Unas veces, la mediación española fué

exclusiva, según se ve en el clasicismo del siglo xviii: Labardén, Luca, López, Lafinur, Varela; otras se funde con la influencia francesa de Víctor Hugo y la inglesa de Byron, á través del poeta Echeverría, según se ve en el romanticismo ya señalado; otras, la influencia renovadora llegó primero al Plata, y fué de América á España, según ocurrió con el modernismo, como hoy lo reconocen los críticos de Rueda, Marquina, Valle Inclán y Francisco Villaspesa.

Un país tan entregado á influencias internacionales, como la República Argentina, y que las ha soportado desde sus orígenes, en la economía, en la milicia, en el gobierno, no podía abstraerse á las revoluciones extranjeras, en esfera tan difusiva y vibrante como lo es la del arte y de sus ideas. Así la historia literaria de la república puede ser dividida por sus ciclos estéticos, á la manera como la hemos dividido por sus períodos cronológicos. Estos últimos ponen nuestra literatura en paralelismo con el medio social donde se ha ido formando; en tanto que sus ciclos estéticos pónenla en confrontación con la filosofía del arte europeo.

De esas escuelas estéticas, tres son las que han repercutido en el Río de la Plata:

- a) El clasicismo;
- b) El romanticismo;
- c) El modernismo.

Acaso debo con propiedad decir que sólo estas dos últimas han renovado nuestras letras, pues el clasicismo fué consubstancial con nuestros orígenes literarios. Vino con el curso de latinidad que disciplinaba la retórica del siglo xviii. Fué la forma escolástica y convencional que sobrevivió á la gloria del Renacimiento. El colegio de San Carlos y la universidad enseñaban sus cánones. Los maestros jesuitas y los poetas españoles de la decadencia daban la pauta de la imitación. Nadie sentía ni pensaba por sí propio. El hipérbaton forzaba con frecuencia la asociación espontánea y elegante de las ideas. La nomenclatura mitológica, aprendida prácticamente en Virgilio y Ovidio, substituía á la visión directa de la naturaleza. El océano se llamaba Neptuno; Venus el amor; la guerra Marte y hasta Mavorte. El nombre de Marte suena en los versos del *Himno nacional*, á pesar del robusto sentimiento regional que los henchía. Enseñábase á imitar de los clásicos la forma, para nosotros inex-

presiva y seca de sus obras, y no el sentimiento de la naturaleza, que las había creado. Substituíase á la emoción y á la imagen, la fórmula y el concepto en la obra de los poetas. Lo que había sido « clásico », tornábase « clasicismo ». La ley se hacía regla; la armonía vivía del universo, equilibrio mecánico. Por eso en medio de la timidez general, la oda de Labardén al Paraná, sonó como una cosa audaz y nueva:

Ven sacro río, para dar impulso
Al inspirado ardor: bajo su amparo
Corran como tus aguas nuestros versos.

Y más sorpresa debieron causar aún aquellos versos de *La cautiva*, por cuya primera décima entraba ya, triunfante y gloriosa, la visión infinita de la pampa, la húmeda luz de los cielos argentinos, el aroma rural de los pajonales, la yeguada huyente de los malos, como quien abriera al ámbito de la vida local, la ventana del claustro escolástico:

Era la tarde y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes...

Ó aquellos otros que dicen:

Á veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino
Y pasa: ó su toltería
Sobre la grama frondosa
Asienta... esperando el día...

En eso consistió el romanticismo: fuerte sentimiento de la libertad en la vida, que se traducía por la libertad del sentimiento en el arte. La nueva escuela, una renovación cíclica de emociones, de costumbres é ideas, generó una política, una filosofía, una indumentaria. Ella rehabilitó la pasión y devolvió el sentimiento de la

naturaleza. Todos los proscriptos vivieron un destino romántico, y lo soportaron en la vida real, involuntariamente, antes de cultivarlo por doctrina estética. Sarmiento había abandonado primero San Juan, y escrito después el *Facundo*. Mármol había abandonado primero Buenos Aires, y escrito después la *Amalia*. Ninguna doctrina se acomodaba mejor á aquel momento de nuestra historia, en que las almas superiores anduvieron errantes, misérrimas, proscriptas, nostálgicas de sus patrias y de sus novias, combatientes airados del despotismo, valientes visionarios de la libertad. Ningún teatro se acomodaba mejor á las exigencias de esa escuela que incorporaba en sus poemas y sus novelas los seres y paisajes de las tierras vírgenes, que esta tierra del nuevo mundo, donde los propios maestros del género en Europa, como Chateaubriand y Hugo, habían hallado tema de leyendas y cantos.

IX

Es sabido que al romanticismo lo siguió, al menos en ciertos géneros, el naturalismo de Zola. Tuvo este maestro numerosos lectores en la República Argentina, pero no tuvo prosélitos. Salieron en Buenos Aires las ediciones castellanas de algunas de sus obras, al mismo tiempo que lanzaba en Europa sus ediciones en francés. Esto da la medida de la extensión de su público, tan entusiasta hace diez años y hoy casi olvidado de él, como reflujo del neoidealismo estético contra la grosería de su escuela. Zola tuvo lectores, pero careció de prosélitos. Quizás esto se deba á que carecemos aún de novelistas, aunque tenemos una que otra novela, alguna muy significativa como documento de ambiente y reflejo cruel de nuestras costumbres políticas: me refiero al *Nieto de Juan Moreira*, de Roberto Payró.

Á diferencia del naturalismo, el modernismo ha influido profundamente sobre nuestra literatura. Es una escuela que ha llegado á nosotros á través de escritores franceses: Leconte de Lisle, Verlaine, Albert Samain, Jules Laforgue, Rachilde, Gourmont, France, y posteriormente el italiano D'Annunzio, el inglés Oscar Wilde, el portugués Eugenio de Castro, el yanquee Walt Whitman, y el precursor de todos: Poe.

Esta última renovación ha recibido diversos nombres en Europa y América. Fundada en una filosofía individualista, las « capillas » se multiplicaron. Escuela de idealismo, de libertad y de fantasía, no han escaseado en ella los extravíos grotescos. Escuela de renovación y de lucha, ha combatido en todos los terrenos y recibido nombres de escarnio. Ha habido en ella « instrumentistas », « versolibristas » y « decadentes », que es, con « delicuescentes », su denominación más popularizada. Sus resultados han sido de consideración en la técnica de la prosa y del verso, y su influencia ha llegado á la prensa, al cuento, á la crítica. El modernismo tuvo por centro al Ateneo, en la calle Florida, y por ser su historia acontecimiento de nuestros días, no podemos formular aún nuestro juicio desapasionado.

En cambio, es oportuno y fácil señalar en este párrafo, á propósito de revoluciones estéticas, dos rasgos característicos de nuestra evolución literaria: me refiero al sincronismo de nuestra poesía lírica con la del mismo género en toda la América española; y á los elementos de una poesía indígena regional que ha pugnado por mantenerse y florecer paralelamente á las escuelas exóticas.

El primero de los antedichos caracteres se ha revelado por una común manera de sentir y de cantar, que une como por un aire de familia, á todos los poetas de hispano América, en los sucesivos períodos de nuestra evolución literaria. Entiendo señalar con ello un carácter evidente de nuestra poesía lírica y no de los otros géneros, pues nuestro embrionario teatro nacional es un fenómeno regional rioplatense, exclusivo y genuino; en tanto que análoga localización podría demostrarse en nuestra prosa, doctrinaria ó narrativa, con obras como el *Facundo*, *Amalia*, *Juvenilla* y *Las bases*. La poesía lírica, en cambio, ha vibrado por ritmos y emociones más generales, que la recorrian desde Méjico al Plata, en cada nuevo período. Acaso pueda decir que esa generalidad de las maneras del canto, incluya también á los poetas de España, como si se tratara de renovaciones comunes de toda el alma contemporánea, ó de corrientes de vida que atravesaban el idioma todo. Por eso cuando un gran poeta ha aparecido en Buenos Aires, ha tenido seguidores é impugnadores en las regiones tórridas del norte, y el fenómeno inverso se ha producido en el sur, si había el poeta aparecido en Caracas ó León. La juventud americana de las aulas y de

los amores, ha sido siempre la indicadora vigilante, solidaria y sensible de tales advenimientos en la raza. De ahí la fama de Manuel Acuña en Montevideo y Buenos Aires, ó la de Andrade en Méjico y la Habana. Y es que hay una poesía hispano-americana, clásica primero, romántica más tarde, modernista hoy. Cuando el poeta José Asunción Silva plañía en Bogotá su desolante *Nocturno*, toda la América lo escuchaba con religioso silencio; del mismo modo que cuando Olmedo, á los comienzos del siglo, alzó en el Ecuador el *Canto á la victoria de Junín*, toda la América escuchó las estrofas que empezaban:

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y á fe que los pindáricos acentos de esa oda, ya parecían venir de las precedentes odas de Quintana, y aun continuaron resonando hasta los días del *Prometeo* y la *Atlántida*, como si estos acentos se dilataran retumbando, según la expresión de su propio verso, por « la inflamada esfera » lírica de un solo idioma y de una sola raza.

Carácter muy diverso de todo ello, nos presenta esa otra fase de la poesía argentina, que antes he definido como una tendencia indígena á crecer y florecer independientemente de las modas estéticas, de las influencias exóticas, del internacionalismo propio de nuestro idioma. Me refiero á la « literatura gauchesca ».

La historia de nuestra evolución literaria no podría prescindir de Ascasubi, de José Hernández, de Estanislao del Campo, como fundadores de una poesía que tendió á reflejar, por la simplicidad del relato, por el verismo de la descripción, por el regionalismo del vocabulario, la vida, las costumbres, el espíritu de nuestros gauchos y la emoción de las pampas y selvas nativas. Bajo sus toscas apariencias, la obra de tales poetas encierra los gérmenes originales de una fuerte y sana literatura nacional. Desdeñados aun por una parte de nuestro país, ellos han conquistado el aplauso de los más severos críticos españoles. Tal cosa es significativa, y si no realizan un definitivo ideal estético, marcan al menos un camino y plantean para la crítica argentina uno de sus más profundos y complicados

problemas: saber en qué proporción debiera darse entrada á esa tendencia en nuestra literatura venidera y en los ideales de un arte nacional.

De los tres poetas mencionados, José Hernández, con su *Martín Fierro*, es el que sobresale; y casi diría que sálvase en él su género. Ascasubí carece de su vigor instintivo y lozano; del Campo de su espontaneidad y su realismo. Y si tales son sus predicamentos de técnica, de forma y de color, el *Martín Fierro* llega, por su unidad y por su asunto, á ser para la nación argentina algo muy análogo á lo que es para la nación francesa la *Chanson de Roland* y el *Cantar de myo Cid* para la nación española.

Bartolomé Hidalgo había sido el precursor nominal de la poesía gauchesca en el Plata; pero ya el género existía desde los romances que se inspiraron en las invasiones inglesas, y acaso esté en ellos el lazo que lo liga á los elementos de la poesía payadoresca ó popular.

Después del *Martín Fierro*, la forma gauchesca no parece haber prosperado en el verso argentino. Las tendencias cultas han triunfado en él; pero, en cambio, la emoción rural que inspira el gran poema de Hernández, ha irrumpido de nuevo en el teatro y la prosa narrativa, formas que antes no frecuentó. Eso es lo que nos revelan las obras de Joaquín González, Martiniano Leguizamón, Florencio Sánchez, Fray Mocho, Roberto Payró, dramaturgos y narradores de nuestros días. Parece que es en ellas donde van á salvarse las emociones de la tierra nativa, á menos que, para continuar viviendo en el verso, asuman las formas de la estrofa culta, como ocurre en los cantos de Rafael Obligado. El *Martín Fierro* ha sido el tipo literario de un momento social. Hoy no podríamos renovarlo sino por medios intelectuales ó reflexivos, no emocionales. Es la poesía de la emoción territorial que generó en política el federalismo: como la *Atlántida* es la poesía del ideal civil que generó en política la federalización de Buenos Aires, y que hacía decir al propio Andrade, en otro de sus poemas:

¡ América! tus ríos te ofrecen ancha copa
La túnica del iris espléndido dosel,
Las selvas seculares son pliegues de tu ropa,
En tus desiertos cabe la vanidad de Europa,
Las razas del futuro te buscan en tropel.

X

He procurado, señores, en esta primera lección, establecer los límites y caracteres de nuestra materia. Acaso haya sacrificado la profusión del detalle á la vastedad del conjunto, y el brillo de la forma á la precisión de la palabra docente.

He dicho en otro parágrafo que quien se ve llamado á profesar en esta cátedra de Literatura argentina, deberá no sólo dictar la asignatura sino crear la materia. He agregado que es una asignatura sin bibliografía. Quiero decir que carecemos de una historia crítica de la literatura argentina, y agrego que esta cátedra me daría ocasión de apresurar trabajos que vengo realizando en este sentido. Dicha asignatura ha figurado antes de ahora en los programas de los colegios nacionales; pero como parte de la literatura castellana ó de la general. Es un nuevo signo del abandono en que hemos tenido los estudios patrios. De ahí que la literatura argentina nunca haya sido sino una bolilla del programa, y en el mejor de los casos, una lección presurosa, que, después de haber estudiado las letras de España en el inglés Fitz Maurice Kelly, se contestaba en clase por someros opúsculos.

Temas y materiales para enseñar esa historia, de acuerdo con el método que esta monografía pretende bosquejar, existen desde luego. Nos lo ofrecen más de tres siglos de vida mental en nuestro territorio. Si no tenemos obras, después de tanto ensayar el teatro, la novela, el poema, haremos la historia de nuestras tentativas. Si las obras que tenemos carecen de originalidad, haremos la historia de nuestras imitaciones y transplantes. Donde la materia no ofrezca ejemplos de enseñanza, estoy seguro que ha de ofrecernos sugerencias de educación.

Las fuentes de nuestra historia literaria, se hallan en numerosos archivos privados y públicos, que he tenido ocasión de consultar. Epistolarios y memorias, guardan el detalle anecdótico, el rasgo de tiempo y de lugar, indispensable para reconstituir vidas y ambiente, costumbres y caracteres.

Todo ello constituye el abundante é inexplorado material que utilizaremos en nuestros cursos de seminario.

Tal concibo yo la historia de nuestra literatura, no como una crónica bibliográfica, sino como una parte de la historia general, animada en medio de la vida del país y de la civilización. Una disciplina semejante habrá de ser utilísima, no sólo como complemento de cultura universitaria para nuestros doctores en letras, sino como instrumento profesional para nuestros profesores de segunda enseñanza. Pero su transcendencia más general se advierte cuando se piensa que, por trabajos de seminario, la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires podría, mediante esa cátedra: acumular los manuscritos y documentos necesarios para hacer esa historia; proceder a la edición crítica de algunas obras, como lo está haciendo la Junta de historia, procurar la restauración de textos corrompidos por editores sin escrúpulos, y tender a la difusión popular de nuestros mejores libros, para crear en las nuevas generaciones el sentimiento de que tenemos una tradición intelectual, y el ideal de que debemos continuarla y esclarecerla...

Tócame, pues, la honra de iniciar en las universidades de mi país, un orden de estudios que interesa no solamente a los fines profesionales de la instrucción superior, sino también a la misión de afirmar y probar ante el país todo, la idea de que tenemos una historia literaria, explicando por ella la conciencia misma de nuestra nacionalidad y señalando a los jóvenes escritores la cuna humilde de donde venimos y las fuerzas primordiales, que en la tierra y la tradición, esperan su obra fecundadora. Una verdad confortará mi palabra al recorrer nuestra historia, y es que los poetas han sido siempre los comentadores ó los precursores de todas las transformaciones argentinas.

A servir ese ideal vengo a esta cátedra, y pláceme recordar que hace más de dos lustros, desertara yo de la Universidad de Buenos Aires como aventurero de las letras, y al volver a incorporarme como profesor en sus aulas, siento profundo regocijo al ver que vuelvo con la misma divisa de mis aventuras juveniles. Ninguna prenda mejor que este recuerdo podría ofrecer a las autoridades de esta casa y a sus jóvenes alumnos, porque ese recuerdo afirma mi simpatía por el genio inquieto de la juventud, mi respeto por la independencia mental, mi culto por la libertad, por la belleza y por la patria. He dado a la obra de nuestra cultura todo lo que podía

darle fuera de las aulas, y al continuar esa misión dentro de ellas, buscaré interesar a mis discípulos en la misma fecunda empresa. Nuestros padres llamaron a Buenos Aires, la Atenas del Plata. No lo olvidemos nosotros, ni olvidemos que en la Atenas antigua, el simulacro de Pallas coronaba la Acrópolis, como símbolo de las tradiciones y de los ideales helénicos.

RICARDO ROJAS.